

HILO ROJO

Llevo 40 minutos parado bajo el rayo del sol. Una de las cosas malas de la contingencia es que las rutas de transporte se redujeron bastante, desventaja que no había vivido hasta hoy que me corríste de la casa.

Tengo una mochila llena de ropa, una cabeza llena de ideas y siento que todo mi cuerpo está inmerso en el invisible virus. Siento las manos sucias y me da comezón en la cara, pero no me quiero rascar, no debo. El sudor en mi frente no hace más que empeorar la situación. Finalmente veo a lo lejos, como quien espera en medio del desierto, que se acerca el camión vacío. Mis monedas virulentas caen en la mano enguantada del conductor. Aquí vamos de nuevo.

Mi mente regresa a ese momento sentados en tu cama. Me preguntaste si creía en la historia del hilo rojo. Te dije que quizá podría hacer una concesión si me dabas suficientes razones. Es un cliché, lo sé. Me leíste de nuevo la historia que ya había visto miles de veces en publicaciones cursis de mis redes sociales. Aun así, te sonreí y me dejé llevar, como siempre que me dices cualquier cosa.

Es peligroso que te crea tanto. Al menos no eres *fake news*. Si me dijeras que este maldito virus no existe y que salga a la calle a darle de besos a los perros, seguramente lo haría.

Un tope que el conductor ignora me saca del ensimismamiento. La ciudad tiene un aspecto fantasmagórico, con pocos coches en circulación. Las calles solitarias reflejan mi sentir. Solo se comparan con ese momento, una noche antes, en que dormí solo en el sillón, después de nuestra gran pelea. Ni siquiera importa el motivo, solamente sé que es la razón por la cual estoy aquí, rumbo a mi departamento y destinado a seguir en el confinamiento yo solo.

Tengo que pasar al supermercado, quizá no debí dejarte la mayoría de mis víveres. La ironía me hace sonreír debajo del tapabocas mientras cruzo la mirada con una señora que toma un carrito de la entrada. Me devuelve el gesto y empieza a murmurar cosas que no entiendo. Exagera al moverse para invitarme a guardar mi distancia y habla con alegría sobre la compra de botanas y postres para sobrevivir la cuarentena extendida, su buena actitud me contagia por unos momentos y me dejo llevar. Recuerdo nuevamente tu historia del hilo rojo, pues, según me dijiste, no solamente aplica con el “alma gemela”, sino con las personas que nos tenemos que encontrar inevitablemente. Esta mujer, que además me recuerda a tu tía la parlanchina, me hace volver a creerte un poco.

Día dos desde que volví a mi departamento. He empezado a tomar todos los cursos gratuitos que me encontré y ya descargué como 120 libros en PDF que regalaron algunas editoriales. Honestamente, no estoy seguro de que vaya a leerlos algún día. En la pausa entre la lección tres y cuatro del curso de *nosequé*, llega la ansiada videollamada. Veo tu nombre en la pantalla del celular, con una vista previa de mi horrible cara ojerosa, y me quedo quieto. Mis dedos se deslizan automáticamente como si eso borrara mi semblante cansado.

Me saludas con una sonrisa triste. Sé que estás sufriendo tanto como yo. Empiezas a murmurar una disculpa, pero te la gano. La verdad es que pudimos haberlo resuelto sin llegar a más, pero llegamos a la conclusión de que es normal por las situaciones extremas. “Creo que nunca habíamos pasado tanto tiempo juntos”, me dices entre risas cargadas de añoranza. Coincido contigo. Tu ánimo conciliador me devuelve un poco el alma al cuerpo.

Tras unos minutos, me ofrezco a salir corriendo de regreso contigo. Incluso sin importar las restricciones del gobierno. Anoche dijeron que solo podrá estar en la calle la gente con

“actividades esenciales”. Yo no entiendo nada. Te digo que para mí es esencial verte, pero no creo que eso me lo acepte el policía mal encarado. Sonríes y lo niegas con un movimiento de cabeza. “Quédate en tu casa, nos veremos pronto”, susurras.

Las palabras me suenan tan a cliché gubernamental que no puedo evitar sonreír, pero me vuelvo a dejar llevar, como con tu historia del hilo rojo. Seguimos hablando por horas, entre la intermitencia del internet que de pronto te congela en mi pantalla mientras haces muecas graciosas. Te siento tan cerca como los 15 días anteriores, cuando nos vimos obligados al confinamiento.

Y así, en pocos minutos, todo vuelve a tener sentido. La esperanza de volver a verte, de salir de mi encierro y volver a viajar para ver a mi familia, o simplemente, de estar en la calle sin sentirme envuelto por un virus mortal, de pronto se vuelve una realidad. Hasta tengo ganas de leer unos 15 de mis 120 libros en PDF, quizá hoy pague el certificado del curso que estaba tomando. Ahora todo es posible.

Será difícil terminar esta llamada, pero incluso en la distancia, siento que me abrazas. Nuevamente caigo en los clichés. “Me fastidia que a veces tengas razón”, te digo, y tus grandes ojos brillan de nuevo. En ese momento siento un ligero tirón en mi dedo meñique y por un momento pienso que quizá jalaste un poquito del hilo. Luego me doy cuenta de que la realidad es que ya se me entumió la mano por sostener el teléfono. Es tiempo de un cambio de mano y de actitud ante la vida.